José Arcadio Buendía. Pera él se opuso, según explicó, porque don Apolinar Moscote había vuelto can su mujer y sus hijas, y no era cosa de hombres abochornar a otros delante de su familia. Así que decidió arreglar la situación por las buenas. Aureliano lo acompañó. Ya para entonces había empezado a cultivar el bigote negro de puntas engomadas, y tenía la voz un poco estentórea que había de caracterizarlo en la guerra. Desarmadas, sin hacer caso de la guardia, entraron al despacho del corregidor. Don Apolinar 86Moscote no perdió la serenidad. Les presentó a dos de sus hijas que se encontraban allí por casualidad: Amparo, de dieciséis años, morena como su madre, y Remedios, de apenas nueve años, una preciosa niña can piel de lirio y ojos verdes. Eran graciosas y bien educadas. Tan pronto cama el los entraron, antes de ser presentadas, les acercaron sillas para que se sentaran. Pera ambas permanecieron de pie. -Muy bien, amiga -dijo José Arcadio Buendía -, usted se queda aquí, pero no porque tenga en la puerta esos bandoleros de trabuco, sino por co nsideración a su señora esposa y a sus hijas. Don Apolinar Moscote se desconcertó, pero José Arcadio Buendía no le dio tiempo de replicar. «Sólo le ponemos das condiciones -agregó -. La primera: que cada quien pinta su casa del color que le dé la gana. La s egunda: que los soldados se van en seguida. Nosotros le garantizamos el orden.» El corregidor levantó la mano derecha can todas los dedos extendidos. -¿Palabra de honor? -Palabra de enemigo -dijo José Arcadio Buendía. Y añadió en un tono amargo -: Porque un a cosa le quiero decir: usted y yo seguimos siendo enemigas. 87Esa misma tarde se fueran los soldados. Pacos días después José Arcadio Buendía le consiguió una casa a la familia del corregidor. Todo el mundo quedó en paz, menos Aureliano. La imagen de Remedios, la hija menor del corregidor, que por su edad hubiera podido ser hija suya, le quedó doliendo en alguna parte del cuerpo. Era una sensación física que casi le molestaba para caminar, como una piedrecita en el zapato. 88C A P Í T U L O I V La casa nueva, blanca como una paloma, fue estrenada con un baile. Úrsula había concebido aquella idea desde la tarde en que vio a Rebeca y Amaranta convertidas en adolescentes, y casi puede decirse que el principal motivo de la construcción fue el deseo de procurar a las muchachas un lugar digno donde recibir las visitas. Para que nada restara esplendor a ese propósito, trabajó coma un galeote mientras se ejecutaban las reformas, de modo que antes de que estuvieran terminadas había encargado costosas menesteres para la decoración y el servicio, y el invento maravilloso que había de suscitar el asombro del pueblo y el júbilo de la juventud: la pianola. La llevaron a pedazos, empacada en varios cajones que fueron descargados junto con los muebles vienes es, la cristalería de Bohemia, la vajilla